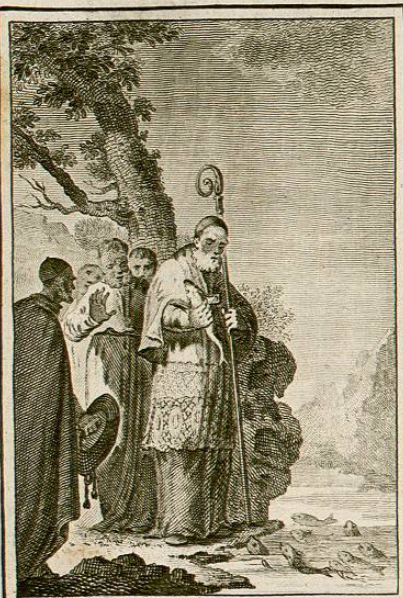


verdadero Dios, á quien únicamente se le debe. Impio, exclamó el emperador, esa blasfemia que acabas de proferir la vengará tu muerte; y volviéndose á los soldados de su guardia, añadió: Quiero que sea conducido al templo del dios Marte, y que allí sea degollado y ofrecido en sacrificio. Ejecutóse la orden, llevósele al templo de Marte; pero apenas llegó cuando el cielo rompió en truenos, relámpagos y rayos; cayó en tierra el templo, y huyeron todos los gentiles. Quedó Esteban solo con los cristianos que le habian seguido; retiróse con ellos al lugar donde acostumbraban juntarse, y ofreció el divino sacrificio. No bien acabó de celebrar el del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, cuando vió acercarse el feliz momento en que él mismo habia de hacer el de su vida; porque entrando los soldados que le andaban buscando por todas partes, le degollaron sobre su misma silla pontifical cuando estaba exhortando á los cristianos al martirio. Sucedió el suyo el dia 2 de agosto, hácia el año de 249, y su santo cuerpo, con la silla en que fué sacrificado, bañada toda de su sangre, fué enterrado por los cristianos en el cementerio de Calixto. Trasladóse su cabeza á Colonia, donde es singularmente venerada.

SAN PEDRO, OBISPO DE OSMA.

CUANTO mayor y mas recomendable ha sido el mérito de aquellos grandes varones que destinó Dios para ornamento de su Iglesia, otro tanto mayor ha sido el descuido de los hombres en trasladar á la posteridad sus grandes acciones y aquellas menudas circunstancias de su vida, que no solo sirven de instruccion á los fieles, sino tambien á la piedad de sumo consuelo. Uno de estos grandes hombres fué S. Pedro, obispo de Osma, del cual muchas circunstancias de su vida están en disputa. Sin embargo, se sabe lo necesario para comprender el gran cúmulo de gracias que en él depositó la divina misericordia, y para reconocer en él un ejemplar perfecto de la vida cristiana, con el cual debemos conformar nuestras acciones, que es el fin de esta espiritual leyenda.

En la provincia de Berri, y en el lugar de Bourges nació S. Pedro por los años de 1040, poco mas ó menos. Sus padres Guillermo y Meimira, segun se cree, eran igualmente nobles por la ilustre ascendencia de su linaje, que por la piedad y santidad de sus costumbres. Estas dos cualidades se ayudaban mutuamente en la crianza de Pedro y en la formacion de su corazon. Infundian en éste ideas de generosidad, pero sin altanería, haciéndole



S. PEDRO
OBISPO DE OSMA.

conocer su nobleza sin ensoberbecerle; y últimamente le enseñaban que no hay nobleza verdadera en donde no hay virtud, y que la vanidad de un antiguo linaje es insuportable cuando le afea la corrupcion de costumbres. Prestóse dócil el santo mancebo á las santas instrucciones de sus padres, y como Dios le tenia prevenido con bendiciones de dulzura para hacerle vaso de eleccion en su Iglesia, dispuso que fuese su soberana gracia lo primero de que se llenase su corazon, para que conservase despues tan dulce sabor todos los dias de su vida. Llegó Pedro á edad en que era necesario disponer de la carrera que habia de seguir. Su espíritu pronto, su genio vivo, su corazon dócil, y la instruccion correspondiente que hasta entonces le habian dado buenos maestros le habian puesto en estado de poder seguir con provecho y lucimiento tanto la carrera de las armas como la de las letras. Era aquel el tiempo en que la guerra y el espíritu marcial llevaban la preferencia en todas las provincias del mundo; un furor desmedido habia enloquecido á los hombres hasta el punto de pretender la mutua destruccion, unas veces por añadir un pedazo de tierra á sus posesiones antiguas, y otras haciendo que la religion sirviese de pretesto á su ambicion y á sus furores. La gente noble era la materia mas bien dispuesta en que habia producido todo su efecto el fuego de la guerra. No habia noble que no se alistase en las banderas militares, y esto mismo fué la causa de que Pedro, á fuerza de noble, emprendiese el mismo destino.

Siguió algunos años este peligroso ejercicio, juntando á un mismo tiempo las virtudes de soldado con las de discípulo de Jesucristo. El valor, la fidelidad, la intrepidez, todas las prendas que constituyen un buen soldado se hallaban en Pedro; pero sin faltarle por eso la rectitud de intencion, la devocion fervorosa, la abstraccion del mundo y un encendido amor de Dios y de sus prójimos, que salvaron su inocencia entre los escollos de las armas. Sin embargo de esto conoció el prudente jóven que el haberse conservado sin detrimento hasta aquel punto era un verdadero milagro de la gracia de Dios, y que no era justo seguir con temeridad un camino cubierto de peligros. Consideraba al mismo tiempo el destino que daria á su vida, no siendo posible vivir en este mundo sin elegir un estado constante en que aprovechar á sus prójimos y servir á los designios de la Providencia. Ilustró Dios su entendimiento para que conociera la vanidad de los bienes del mundo, y le dió la fortaleza necesaria para despreciarlos por su amor. Florecia á la sazón el instituto de S. Benito en aquel fervor y observancia con que ha enriquecido la Igle-

sia dándola tan ilustres varones, que la sirvieron con su santidad y con su doctrina. Determinó, pues, hacerse monge Benito, y aunque su determinacion padeció todas las contradicciones que oponen el mundo y el demonio á los santos propósitos, su espíritu superior lo venció todo, vistiéndose el hábito en el monasterio Auriacense, uno de los de la Cluniacense reforma en Francia. Contento Pedro con el nuevo estado que habia elegido, comenzó á emplearse en todo género de virtudes, tanto que era un ejemplar verdadero de todas ellas, en que podian aprender fervor los monges mas aventajados en la regular observancia. Allí permaneció algunos años, viviendo con la tranquilidad que habia apetecido, hasta que llegó el tiempo en que quiso Dios que sus virtudes pudiesen servir de mayor provecho, colocando á Pedro en un lugar eminente donde su ejemplo pudiese producir mas copiosos frutos.

Algunos dicen que Alfonso VI, rey de Castilla, que al mismo tiempo que con su valor aterraba á los moros, servia á la Iglesia con su zelo y su piedad, determinó reedificar el monasterio de Sahagun, destinándole para cabeza de todos los monasterios de España. Que conociendo el prudente rey que la reedificacion no consistia tanto en la fábrica material del monasterio como en la formal de los individuos que habian de poblarle, solicitó que estos fuesen unos hombres consumados en virtud y en letras, capaces de difundir lo uno y lo otro en todo su reino, y formar alumnos que las mantuviesen en lo sucesivo. Que con este intento, sabiendo que en el monasterio de Cluni habia sugetos capaces de llenar sus deseos y esperanzas, escribió al abad que le enviase algunos de toda su satisfaccion para plantificar aquella grande obra. Y últimamente, que accediendo el abad á las humildes y justas súplicas del piadoso rey, le envió doce monges, no menos célebres por su sabiduría, que por la santidad de sus costumbres, de los cuales fué uno Bernardo, que obtuvo despues con mucha gloria el arzobispado de Toledo, y otro nuestro Santo, que habia sido su discípulo en la santidad y la doctrina. En la crónica general Benedictina refiere Yepes este hecho de otra manera diversa. Dice, pues, que volviendo de Roma el arzobispo Bernardo por la Francia, eligió de diversos lugares varones virtuosos y literatos, y algunos jóvenes dóciles y de buenas costumbres, y los trajo á España, para aprovecharse de sus prendas y doctrina. Lo mismo refiere el arzobispo D. Rodrigo, cuyo testimonio es sin duda de mucho peso. Como quiera que sea, S. Pedro vino, segun algunos, al monasterio de Sahagun, en donde perseveró por algun tiempo, ejercitándose en la oracion, en vi-

galias y ayunos, cumpliendo con las obligaciones de un perfecto sacerdote. Salía algunas veces del monasterio á predicar la palabra de Dios, pretendiendo con esto evitar el ocio, y aprovechar á sus prójimos, encaminándolos por los senderos de salud. Su vida estaba tan adornada de todo género de virtudes, que sus mismos hermanos le predicaban digno de los mayores honores. Era suave y apacible en su trato, moderado en sus conversaciones, dotado de una elocuencia tan persuasiva, que era imposible oírle sin quedar persuadidos de sus santas instrucciones y saludables consejos. Sus ayunos eran continuos, y no lo eran menos sus vigiliias; pero en lo que mas se señalaba era en la oracion y leccion espiritual, de donde sacaba los copiosos y dulces frutos que repartía despues sin envidia. Persuadido á que la unidad de espíritu y conformidad de costumbres es el muro fuerte que sostiene todo el edificio de la vida monástica, persuadia á sus religiosos á que viviesen en paz, unidos con el vínculo santo de la caridad. Hacia esto con tanta dulzura de palabras y con tan celestial elocuencia, que en su tiempo no pudo contaminar el monasterio el infernal monstruo de la discordia. Y como á la suavidad de su decir y á la solidez de sus razones daba tanta fuerza el ejemplo de sus costumbres; su magisterio lograba todos los frutos que apetecia su voluntad fervorosa. Venerábanle los monges como á Santo, y aplaudíanle como á sabio doctor; pero en medio de esto se humillaba delante de Dios, conociendo que todo bien y don perfecto descende del Padre de las luces. Tenia fija en su corazon aquella sentencia del Espíritu Santo, que dice: *Cuanto mayor fuere tu mérito, humíllate en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios.* Esta celestial instruccion le hacia abatirse al ejercicio de los empleos mas humildes y comunes, sin pretender distincion respecto de sus hermanos; antes bien, reputándose por indigno siervo de los siervos de Jesucristo. A esto añadia la maceracion de su cuerpo, reduciéndole á la ley del espíritu con penitencias austeras, procurando seguir los pasos del que entre tormentos habia exhalado su espíritu en una cruz afrentosa.

Ya habia algun tiempo que el rey Alfonso habia conquistado la ciudad de Toledo, libertándola despues del prolongado sitio de tres años de la dominacion de los moros. Inmediatamente pensó restablecer el órden eclesiástico, restituyendo á aquella iglesia metropolitana todo el esplendor que antes habia gozado. Para este efecto nombró por arzobispo á Bernardo, hombre de gran capacidad, y muy á propósito para la ejecucion de grandes obras. Este sabio varon, que tenia todas las prendas necesarias para regentar aquella silla, dispuso llevar consigo sugetos aptos para poner en

un estado de esplendor la iglesia de Toledo, que en poder de los moros habia llegado á su total ruina. Eligió los hombres mas señalados en virtud y letras para proveer en ellos las dignidades eclesiásticas de mayor responsabilidad y trabajo, esperando con este medio volver á aquella iglesia todo el lustre que antes habia tenido. Entre los elegidos para este efecto fué uno S. Pedro, á quien le confirió la dignidad de arcediano, bien satisfecho de que la desempeñaria á proporcion de las grandes virtudes y prendas que le adornaban.

Hecho arcediano, no alojó un punto del riguroso tenor de vida que observaba en el monasterio. Rezaba diariamente el oficio largo y penoso que tienen obligacion de decir en el coro los monges Cluniacenses. Su residencia ordinaria la hacia en la iglesia, no pudiendo su espíritu apartarse de aquel lugar santo en donde tenia depositado su tesoro. Cumplia exactamente las severas obligaciones de arcediano, ya tuviese que evacuar asuntos judiciales, ó emplearse en los delicados negocios á que le obligaba la caridad. Su vida era un continuo tejido de santos ejemplos, tanto, que llegó á estenderse su fama de manera, que el rey, el arzobispo, el clero y el pueblo hablaban con admiracion de sus portentosas virtudes. Cuando esta fama estaba en su mayor auge fué libertada de la dominacion de los moros la ciudad de Osma, en la cual, como en Toledo, pensó el rey en restaurar la eclesiástica jerarquía, construyendo la iglesia, provexéndola de pastor, y adornándola de sacerdotes dignos que pudiesen dar perfeccion á tan santa obra. Dudábase de un sugeto digno y capaz de regentar la silla de Osma, y de completar las piadosas miras que abrigaba el rey en su corazon. Consultólo con el arzobispo de Toledo, y de comun acuerdo pusieron los ojos en S. Pedro, cuyas virtudes les aseguraban el cumplimiento feliz de sus deseos. Insinuaron al Santo su determinacion; pero el humilde siervo de Dios, considerándose con fuerzas muy desiguales á la grande carga que querian poner sobre sus hombros, rehusó admitirla con todo su corazon. El arzobispo de Toledo, que conocia que tanto es mas digno un sugeto de obtener las dignidades eclesiásticas, cuanto mayor es su repugnancia á recibirlas cuando se le confieren, y menor el concepto que tiene formado de su insuficiencia, instó al Santo, le rogó y le propuso que aquella era la voluntad de Dios, en cuya ejecucion se complacia tambien al rey, que tan generoso se mostraba á favor de la Iglesia. No pudo S. Pedro resistir á tan poderosas razones; y así, consagrado por el arzobispo, tomó sobre si la dignidad y carga episcopal, y lleno de fervor y santos deseos se partió para Osma.

Luego que llegó á esta ciudad emprendió la reedificación de la iglesia catedral que los moros habian destruido hasta los cimientos. Sus diligencias fueron tales, que habiendo juntado sumas considerables, y a de sus propias rentas, y ya de las limosnas de los fieles, en breve tiempo principió y acabó una fábrica suficiente para dar á Dios el debido culto. Colocado nuestro Santo en esta sublime dignidad, y habiendo conseguido restaurar el templo del Dios de las alturas, se entregó perfectamente al cuidado de sus ovejas, sin olvidarse al mismo tiempo de la santificación propia. Considerábase como una antorcha puesta sobre el candelero, ó como una ciudad fabricada sobre la alta cima de un monte encumbrado, en donde debia servir de espejo de perfeccion para todos sus súbditos. Así se empleaba continuamente en la contemplacion de las cosas celestiales y divinos misterios; macerando al mismo tiempo su cuerpo con ayunos, con viglias y con un cilicio que traia á raiz de las carnes; enseñaba al pueblo con santas instrucciones, y cuidaba de que el clero se compusiese de sujetos beneméritos, respetables por su ciencia y sus costumbres. Los pobres, los enfermos y peregrinos eran el objeto principal de su tierna caridad. Socorrialos con abundantes limosnas, los asistia con la ternura de padre, y él por sí mismo los consolaba, practicando con ellos los oficios de humanidad, y los esmeros de un prelado caritativo. Era manso y dulce de condicion para con todos aquellos que se hacian amables por la honestidad de sus costumbres. A los infelices que habian tenido la debilidad de cometer algun delito los corregia cariñosamente, pretendiendo lograr la enmienda mas bien que exacerbar sus heridas con la aspereza de sus reprensiones. Pero si tal vez encontraba reos que fuesen contumaces y obstinados en sus excesos, les aplicaba todo el rigor y severidad de las leyes, juzgando que la integridad de la justicia consistia tanto en la compasion con los penitentes y arrepentidos, como en la rigurosa severidad con los incorregibles y obstinados.

Una de las cosas en que se manifestó la fortaleza de este gran prelado fué la defensa acérrima que hizo de los derechos, bienes y pertenencias de su iglesia; no permitiendo que se violase su inmunidad, ni que se la usurpasen los bienes que la pertenecian de justicia. En esta materia nada habia que fuese capaz de arredrar su esforzado y zeloso corazon. Así logró que se restituyese á la iglesia lo que la habian robado algunos poderosos, confiados temerariamente en su autoridad y sus riquezas; compeliéndoles con censuras eclesiásticas, cuando las persuasiones y los buenos modos no tuvieron efecto. De aquí le resulta-

ron algunas furiosas persecuciones, que pusieron su vida en tan inminente peligro, que fué necesario que emplease Dios misericordiosamente sus milagros. A este propósito sucedió que en la misma ciudad de Osma habia un caballero sumamente rico, y que al mismo tiempo seguia la milicia. Confiado en sus armas y en sus riquezas, atropellaba los derechos de los demás ciudadanos, usurpándoles sus bienes con una desmesurada avaricia. Pero en lo que mas se habia cebado ésta era en las posesiones eclesiásticas, de las cuales retenia muchas sin quererlas restituir. Amonestóle S. Pedro, exhortóle con entrañas de caridad, y ejecutó con él todos los oficios de humanidad y politica, para que cediendo á la razon restituyese á la Iglesia lo que era suyo. Negóse el sacrilego usurpador á las justas proposiciones del Santo, el cual, viéndole contumaz y protervo, vibró contra él los terribles rayos de las censuras eclesiásticas. Esta determinacion irritó al caballero de manera, que determinó quitarle la vida. Para ejecutar mas á su salvo este execrable delito, buscaba ocasion oportuna en que no pudiese defender al Santo el pueblo que tanto le amaba. Sabiendo, pues, que S. Pedro tenia que pasar al lugar de San Estéban de Gormaz á hacer la visita eclesiástica, pensó salirse al camino, y ejecutar sin contradiccion sus sacrílegas intenciones. Hizolo como lo habia pensado; pero apenas alcanzó á ver al Santo que iba por su camino á larga distancia, cuando poseido repentinamente del demonio, comenzó á sentir tan terribles dolores, que quedó casi muerto; y en estado tan miserable, que tuvieron sus criados que llevarle con gran trabajo á su casa. Conocieron los criados que aquel era un castigo visible de Dios, con que á un mismo tiempo defendia la vida de su siervo y los derechos de su Esposa. Se fueron al Santo; le refirieron lo que habia sucedido; pidiéronle humildemente ayudase á su amo con sus oraciones; lo cual ejecutado por S. Pedro, alcanzó del cielo que aquel mal aconsejado caballero fuese librado de la cautividad del demonio.

Con iguales maravillas á la referida manifestó Dios en otras varias ocasiones la santidad de su siervo, y lo gratas que le eran las oraciones y súplicas de este santo prelado. Siguiendo la visita de su obispado, llegó á una aldea llamada Lagan á las riberas del Duero. Acercóse al rio con el fin de lavarse las manos; y habiendo visto en él una estraordinaria multitud de pececillos que saltaban sobre las aguas, hizo sobre ellos la señal de la cruz con la punta del báculo, y les mandó que se acercasen á la orilla. Obedecieron los peces el precepto del siervo de Dios, quien habiendo tomado uno, dió su bendiccion á los demás, dejándolos

en el río. Envió aquel pez á un enfermo de cuartanas, que apenas le gustó cuando inmediatamente se vió libre de su dolencia, dando gracias á Dios y al santo prelado con lágrimas en los ojos. En la villa del Fresno hizo Dios por sus merecimientos otro portento, que permaneció largo tiempo despues para consuelo y beneficio de los moradores. Habia el Santo consagrado la iglesia, instruido á los fieles con sus paternales amonestaciones, y hecho todos los oficios de un verdadero pastor; pero el pueblo era tan infeliz y miserable, que no habiendo habitacion donde el santo prelado pudiese recogerse con los suyos, se tuvo que retirar debajo de una encina, cuyas ramas le sirvieron de albergue contra las inclemencias del tiempo. En este estado le sobrevino una penuria de agua, que ni los familiares del Santo tenian con que apagar la sed que les atormentaba demasiado, ni él mismo con que lavarse las manos. Hizo á Dios oracion; y de la misma encina bajó súbitamente tanta copia de agua, que bastó para lo uno y para lo otro, llegando las misericordias de Dios hasta el punto de hacer durar por mucho tiempo aquella agua milagrosa, que bebida con fe, sirvió muchas veces de eficaz medicina contra las dolencias que padecian los habitantes de aquella comarca. Esta maravilla fué tan pública, que no quedó solamente encerrada en aquel estrecho recinto, sino que su fama se difundió por casi toda España, de manera que de todas partes solicitaban aquella agua saludable, que contenia en sí la virtud milagrosa que las oraciones del Santo habian merecido del cielo.

Finalizada la visita, en la cual manifestó todas las virtudes de un tierno padre, de un solícito pastor y de un obispo perfecto, se retiró á su iglesia. Fuéle preciso despues pasar á Toledo, en donde encontró al rey Alfonso, su conquistador, gravemente enfermo. Asistió el bendito prelado á su muerte y funerales; y habiendo dejado ordenado el monarca que fuese trasladado su cuerpo al real monasterio de Sahagun que él habia edificado, S. Pedro asistió á esta traslacion, que se hizo con la pompa y solemnidad que á las cenizas de un rey tan piadoso eran debidas. Concluido este negocio, determinaba volverse á su iglesia; pero quedaron frustrados sus intentos, habiendo sido acometido de la enfermedad que le ocasionó la muerte en el mismo acto de la celebracion de las honras del rey. Llegó sin embargo hasta Palencia, deseando con vivas ansias morir en el regazo de su esposa, por cuyo amor no dudó emprender aquel camino estando gravemente enfermo. Pero en Palencia se hicieron los síntomas de su dolencia tan funestos y peligrosos, que le fué necesario

quedarse allí y desistir del viaje comenzado. En esta ciudad se alivió algun tanto con el esmero y diligencias caritativas de su obispo D. Pedro, el cual, conociendo cuanto importaba á la Iglesia la vida de aquel santo prelado, le procuró tales consuelos y medicinas, que reparó algun tanto sus fuerzas. Pero pasados algunos dias, conociendo el Santo que se llegaba la hora de su dichoso tránsito, á pesar de todas las diligencias que practicaba su huésped, dijo al obispo de Palencia estas palabras: *Sabed, venerable hermano mio, que ha llegado ya la hora en que debo partir de esta vida á la inmortal gloria que por los méritos de mi Señor Jesucristo me está preparada; pido humildemente á tu caridad que cuide que este mi cuerpo sea llevado á la santa iglesia de Osma, de la cual soy obispo, aunque indigno, para que en ella sea sepultado.* Dicho esto cuidó de recibir los santos sacramentos, lo que hizo con muestras de tanta ternura, que los sollozos interrumpian sus palabras, y bañaban de lágrimas los rostros de los circunstantes. Dióles á todos su bendicion; y habiéndose despedido de ellos, clavó sus ojos en el cielo, y entregó su espíritu al Criador con aquella tranquilidad y dulzura con que mueren los justos. Sucedió su gloriosa muerte dia 2 de agosto del año 1109, hallándose presentes á ella el obispo de Palencia, el de Segovia y el de Zamora. Su venerable cadáver fué trasladado á la iglesia de Osma con aquella pompa y aparato que eran debidos á la gran fama de santidad que tenia. Colocóse en un sepulcro decente en la misma catedral; hasta que los continuos milagros con que Dios hacia glorioso el sepulcro de su siervo, dieron motivo á que fuese trasladado á una capilla que erigieron los canónigos en honor suyo, en donde es venerado de todos los fieles, que por su intercesion reciben continuas mercedes del cielo.

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO.

Los venturosos progenitores del bienaventurado S. Alfonso María de Ligorio fueron D. José de Ligorio, caballero del orden patricio de la ciudad de Nápoles, y D.^a Ana Catalina Cavalieri, señora de la ciudad de Brindis. El padre era generalmente respetado, así por la nobleza de su nacimiento, de sus talentos militares y cargos honoríficos que desempeñara con integridad y prudencia, como por el conjunto de virtudes cristianas que le adornaban. Distinguiase su madre en las prácticas de piedad y de mortificacion. Fué bautizado nuestro Santo con los nombres de Alfonso María el 29 de setiembre del año 1696, en

la iglesia parroquial de las *Virgenes* en Nápoles, habiendo nacido el día 27 en *Marianella*, pueblo poco distante de aquella ciudad. En su juventud era ya un ejemplar de todas las virtudes, dando indicios de lo acepto que sería á Dios y á los hombres. Así lo predijo el beato Francisco de Jerónimo, de la Compañía de Jesus, diciendo á su madre: «Este niño vivirá viejo, viejo; no morirá antes de los noventa años; será obispo y hará grandes cosas por Jesucristo.» El suceso justificó en todo la verdad de la prediccion. ¡Con qué sumision y con qué docilidad acudia Alfonso á la voz de su buena madre á recibir sus instrucciones! Evitando jugar con los de su edad, amaba ya la soledad y el silencio. En sus acciones no era ya un niño; su obediencia á los padres era pronta y ciega.

Pasados los primeros años de su infancia fué confiado nuestro Alfonso á la direccion del P. D. Tomás Pagano, sacerdote de la Congregacion del oratorio de S. Felipe Neri, de espermentada virtud y doctrina. Se acercaba dos veces á la semana al tribunal de la penitencia, con solícita preparacion, y comenzó á gustar del pasto de la oracion, á frecuentar las iglesias y á venerar con respeto filial á la Virgen Santísima, uniendo con la piedad cristiana el estudio de la lengua latina. ¡Con qué fervor recibió la primera comunión! Hallábase desde los diez años agregado á la Congregacion de jóvenes nobles en la casa de los Padres de san Felipe Neri, cuyo objeto era encaminarlos á la perfeccion cristiana. ¡Cual edificaba su modestia! ¡qué frecuencia de sacramentos! Sin pretenderlo se hacia respetar de sus compañeros.

Observando su talento, su bella indole y su admirable memoria, le dedicó su padre al estudio de la lengua griega, elocuencia y poesia, y despues á la filosofia y á las leyes y cánones, y se aplicó tanto al estudio, que á la edad de diez y seis años, se le confirió, con dispensa de edad, en 1713, el grado de doctor en ambos derechos, con admiracion pública. Constante en el mismo sistema de vida, era muy asiduo en las visitas al santísimo Sacramento del altar, y todos los años hacia los ejercicios espirituales, ó en la casa de los Padres Jesuitas, ó en la de S. Vicente de Paul de la mision; y desde el 15 de agosto de 1715, quedó inscrito en la Congregacion de los doctores de la misma iglesia, siendo siempre exactísimo en la observancia bajo la conducta del mismo padre espiritual.

Emprendió con aplauso la práctica del foro, pero los designios de Dios eran muy diferentes de los del padre de Alfonso; á impulsos de la gracia se consagró con mayor eficacia al servicio de Dios. De la defensa de un pleito feudal, en que fué reconve-

nido de una equivocacion ó inadvertencia involuntaria, se retiró á su casa, y habiendo permanecido tres dias en su habitacion sumergido en llanto delante de una imágen de nuestro Señor crucificado, resolvió abandonar las causas de los hombres por sostener la causa de Dios y de las almas. En aquella soledad le habló Dios al corazon, y le hizo entender que despreciando el mundo fuese su ministro en el estado eclesiástico. Venciendo todos los obstáculos obtuvo el consentimiento de su padre, absteniéndose, por no abandonarle, de entrar en la Congregacion de S. Felipe Neri, segun deseaba; y el día 23 de octubre de 1723 se presentó á su padre vestido de eclesiástico.

Su vida fué ejemplar en el nuevo estado, aventajándose en las ciencias sagradas; enseñaba la doctrina cristiana á los niños pobres, y visitaba, consolaba y servía á los enfermos; siendo constante en las visitas al santísimo Sacramento y en las pláticas que hacia en público. Promovido S. Alfonso al sacerdocio en 21 de diciembre de 1726, siendo de edad de treinta años, y unos tres meses, ¡con qué sentimientos de humildad, de amor, de gratitud, y otros devotos afectos acompañados de la mas viva fe, se acercó al sagrado altar para ofrecer á Dios por primera vez la víctima del Cordero inmaculado! Y luego ¿quién podrá encarecer sus fatigas apostólicas? Habiéndosele conferido la direccion de los ejercicios espirituales del clero, no pasaba día que no predicase en alguna iglesia la pura doctrina del Evangelio y á Jesucristo crucificado; y con tanta facundia, con tanto zelo, que sus palabras eran saetas de fuego que penetraban y encendian los corazones mas frios. Aunque del púlpito bajaba rendido, se iba en derechura al confesonario, en donde se manifestaba no menos infatigable é ingenioso en escogitar medios para instruir á los ignorantes en el negocio de su salvacion, y no arrebándole las asechanzas que le armaba el espíritu infernal. Jamás estaba ocioso, y todavia se conserva la memoria de los grandes bienes espirituales que produjo S. Alfonso en las comarcas de Amalsi y de Escala, en donde convaleciente de una enfermedad, y arrostrando las mayores dificultades, fundó en 1732 una Congregacion de misioneros hábiles, cuyo principal ministerio es instruir en las aldeas y por los campos á las personas ignorantes y abandonadas. Esta Congregacion, á que se dió el nombre del REDENTOR, constaba en su fundacion de diez sacerdotes, y su vida mortificada era la que describe S. Juan Climaco en su *Escala mistica*, y en poco tiempo se vió propagada en varias provincias de Nápoles con maravillosos frutos. Desde que se consideró obligado con los votos y reglas del nuevo

instituto, que en 25 de febrero de 1749 fué aprobado por Benedicto XIV, reconociendo en el fundador el espíritu del Señor, caminaba con mayor esfuerzo por el camino de la perfeccion, siendo asombrosa su maceracion y su amor á la pobreza. Precisado á aceptar el cargo de superior general de toda la nueva Congregacion, se mostró un modelo de todas las virtudes, y principalmente de la observancia; y para la edificacion de sus súbditos era mas solícito en la asistencia á los actos de comunidad, siendo al mismo tiempo el consuelo y el sosten de todos sus compañeros. Si desde su principio en el estado eclesiástico se dedicó enteramente á instruir, predicar y convertir almas á Dios, ¿cuanto mas zeloso é incansable se mostraria despues que se vió escogido de Dios para evangelizar, catequizar y promover el bien espiritual, principalmente de los pobres y de la gente del campo, con la fundacion de su nuevo instituto? Prolijo seria enumerar aquí todos los lugares que recorrió, y las circunstancias particulares que acaecieron en su predicacion en el espacio de mas de treinta años. Baste decir que no solo en Nápoles, sino que apenas hubo provincia, ciudad ó lugar por pequeño que fuese en todo aquel reino, en que no predicase la palabra divina, recogiendo los masopimos frutos de sus inmensas tareas apostólicas. Jamás descansaba; siempre sediento de la conversion de las almas, procuraba que los penitentes no hallasen los confesonarios vacios, repitiendo: «el predicador siembra y el confesor recoge;» y nada tenia por difícil con tal que contribuyese á la gloria de Dios y á la salvacion de las almas. Sus sermones, á que siempre asistia un concurso innumerable atraido de la santidad del predicador, eran acompañados y seguidos de suspiros, lágrimas, conversiones sin número y frecuentemente de prodigios. La mision que hizo en 1756 en Amalsi, fué señalada especialmente con efectos singulares, y con sucesos admirables y prodigiosos, iluminando la Virgen santísima con visibles rayos de luz el rostro de S. Alfonso.

Entre tanto estendiéndose la fama de su doctrina y santidad, la majestad de Carlos III, rey entonces de las Dos-Sicilias y despues de España, le nombró arzobispo de Palermo, y no le admitió su renuncia hasta que se le hizo ver que decaerian las misiones si les faltaba la cabeza. Empero poco tiempo despues quedó vacante la iglesia episcopal de Sta. Agueda de los Godos, y el sumo pontífice Clemente XIII, atendiendo á la alta estimacion que le merecia Alfonso, le destinó de su propio movimiento en 1762 para obispo de aquella iglesia, y fué consagrado á la edad de sesenta y seis años, siendo recibido en su diócesis

con particulares demostraciones de júbilo y veneracion. Al dia siguiente de su entrada empezó una mision al pueblo, que continuó por ocho dias, siendo la duracion de su obispado conforme con estos principios del ministerio pastoral. Aunque distante de su Congregacion con el cuerpo, no estaba separado ni con el espíritu ni con el corazon. ¿Quién podrá encarecer su exactitud en llenar los deberes episcopales, que conocia tan á fondo; su solícitud en la doctrina, bondad y ejemplo de su clero; su vigilancia en sostener la disciplina regular en los claustros de las sagradas vírgenes, y el zelo en reformar las costumbres de su grey y remover los escándalos! Cuidando instruir á sus feligreses, su caridad sin limites no se olvidaba de sus necesidades temporales, haciéndose todo para todos.

San Alfonso, que por obediencia al romano pontífice, y por no oponerse á la voluntad divina, habia aceptado el grave peso del obispado, creyendo que ya no podia cumplir perfectamente las obligaciones del ministerio pastoral por su edad avanzada y graves indisposiciones corporales, pensó en renunciarlo para mayor bien de su iglesia. El vicario de Cristo informado del estado de enfermedad y desfallecimiento de Alfonso, aceptó con amargura de su corazon la renuncia á 17 de julio de 1775, atendido el infeliz estado de su salud. Desde luego regresó á su amado retiro de la Congregacion, en donde se estableció un arreglo de vida de abstraccion, silencio, mortificacion, estudio y oracion en que distribuia todas las horas del dia, no perdiendo ocasion de ser útil al prójimo. Con los años se iba deteriorando la salud de S. Alfonso, y desde el 29 de noviembre de 1779 ya no se halló en estado de poder decir la santa misa, y recibia todas las mañanas la sagrada comunión; y algun tiempo despues ya no podia bajar á la iglesia. Siempre humilde y frugal estaba desprendido de todo lo terreno, poniendo en práctica lo que habia enseñado en su libro de *La Conformidad con la voluntad de Dios*, sufriendo tantos males con inalterable paciencia y resignacion sin dejar sus devociones del modo que le era posible.

Ya un año antes habia predicho su muerte, y el 18 de julio del año 1786 á sus enfermedades inveteradas y habituales se agregaron una fiebre aguda, una fuerte disenteria y una dolorosa retencion de orina, síntomas nada equívocos del próximo término de su vida. Recibió los santos sacramentos de la Penitencia y el Viático, rico de paciencia, confianza y resignacion; y mostrándose ya la gangrena, se le administró la Estremauncion con actos vivos de fe, esperanza y caridad, con alegría y deseo de unirse pronto con su Bien. Entró en la agonía, y estrechan-

do contra el pecho el Crucifijo y la imagen de María santísima, espiró plácidamente en el ósculo del Señor el día 1.º de agosto de 1787, de edad de noventa años, diez meses y cinco días. Así terminó el largo curso de una vida austera y penitente, y enteramente empleada en promover la gloria de Dios y el bien de las almas, S. Alfonso María de Ligorio, modelo de personas seculares, eclesiásticas y religiosas; y especialmente de los que tienen el régimen de las almas, ó se encuentran molestados de enfermedades y de otros trabajos.

Se celebraron sus exequias con oracion fúnebre, y mientras los hombres honraban su memoria, se complació el Señor de manifestar con gracias y prodigios la santidad de su siervo y la gloria que gozaba en el cielo. Los estrechos límites de este resumen de la vida que escribió el P. Vicente Antonio Giattini, postulator de la causa de su beatificación, no permiten estenderse aquí en el encomio de sus virtudes, ni en la descripción de los milagros que Dios obró por su intercesion despues de su muerte, ni de los dones sobrenaturales y fama de santidad; ni menos hacer la enumeracion analítica de sus obras de teología y ascéticas, de mérito reconocido; mas para formar una idea justa de su santidad, conviene advertir, segun consta en las actas de su beatificación, que no solo conservó hasta la muerte la inocencia bautismal, sino que no cometió nunca pecado venial voluntario, privilegio singularísimo concedido á muy pocos Santos. Proce-dióse á la causa de su beatificación y canonizacion, y despues del reconocimiento de sus virtudes en grado heroico, y del exámen de los milagros, y de sus obras impresas y manuseritas, observadas todas las formalidades, en 10 de diciembre de 1815, quedó inscrito en el catálogo de los Santos este operario evangélico, este zelosísimo obispo, este fundador de la Congregacion del Salvador, que con tanto anhelo nos dejó consignada su filial devocion á la Virgen Madre de Dios en las *Glorias de María*.

LA BEATA JUANA DE AZA, MADRE DEL PATRIARCA SANTO DOMINGO DE GUZMAN.

DE la nobilísima familia de Aza, enlazada varias veces con la casa real de Castilla, nació la beata Juana, dignísima madre del gran padre y patriarca Sto. Domingo de Guzman. Fueron sus padres D. García Garcés, señor del condado de Aza, rico-hombre y alférez mayor de Castilla, mayordomo mayor, ayo y tutor del rey D. Alfonso IX; y D.ª Sancha Bermudez de Trastámara, li-

najes esclarecidos, singularmente el de Aza, enlazado por linea masculina, y hoy dia existente en el de los duques de Peñaranda, condes de Miranda. Nació nuestra beata antes de la mitad del siglo XII; y segun las mas exactas averiguaciones vió la primera luz en la villa de Aza, archiprestazgo de la diócesis de Osma en Castilla la Vieja, lugar del cual sus antepasados tomaron el apellido, habiendo sido sus fundadores. Los rasgos de virtud que en ella se vieron, la santa prole que dió al mundo, y la gloria con que el Señor en vida y despues de su muerte quiso exaltarla, dan muy bien á conocer que le cupo una alma buena y llena de todas las disposiciones necesarias para las obras justas y perfectas; á cuyos dones correspondió con aquella mayor exactitud que exigia de la misma la gracia, que la previno con tantos y tan singulares favores.

Verdaderamente nada se sabe de cierto acerca de las acciones virtuosas que ilustraron los primeros años de la vida de esta gran sierva de Dios; siendo igualmente muy poco el conocimiento que se tiene, á lo menos en particular, de las que formaron el curso entero de su vida. Ocupados sin duda los historiadores antiguos en describir las acciones asombrosas del tercero de sus hijos, el gran patriarca Sto. Domingo, creyeron sin duda que con ellas ya preconizaban la santidad de la madre, y que no podian dejarnos mayor elogio de la beata Juana, que el decirnos que fué madre de un tan grande Santo; imitando en esto á los sagrados Evangelistas, que formaron todo el elogio de María Santísima con decirnos que de ella nació nuestro divino Redentor: *De qua natus est Jesus, qui vocatur Christus*.

No obstante lo espuesto, las pocas noticias que los referidos historiadores nos han dejado escritas de la beata Juana, son bastantes para justificar la fama gloriosa de santidad, con que siempre ha sido aclamada desde tiempos muy cercanos á su muerte hasta los nuestros.

Apenas cumplió los años de la edad oportuna, fué unida en matrimonio con D. Félix Ruiz de Guzman, señor de la villa de Caleruega, cuya memoria vive entre los historiadores antiguos y modernos, atribuyéndole los honrosos dictados de *piadoso*, de *religioso* y de *venerable*. De este tronco de nobleza, santidad y virtud fueron fruto dichoso tres hijos, segun la comun opinion. El primogénito D. Antonio se dedicó al estado eclesiástico, ordenándose de sacerdote: D. Manés, Mamés ó Mamerto se llamó el hijo segundo de nuestra beata, el cual se dizo discípulo de su hermano menor, vistiendo el hábito en el órden de Predicadores. El hijo tercero fué el grande patriarca Sto. Domingo. Así pues